
George Cooper: «Money, blood and revolution. How Darwin and the doctor of King Charles I could turn economics into a science»

Harriman House, Petersfield, 2014, xvii + 204 páginas

José M. Domínguez Martínez

1. La «ciencia» económica: de la autocomplacencia a la confusión

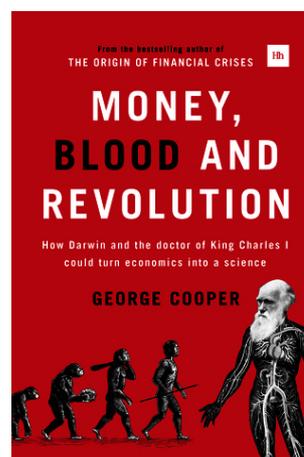
Ya antes del arranque de la crisis económica y financiera internacional en 2007, el panorama del pensamiento económico distaba de ser uniforme y pacífico, caracterizándose por la existencia de distintas escuelas con visiones contrapuestas e irreconciliables. Tal vez sea ese un rasgo consustancial a la naturaleza de la Economía como ciencia social. De no serlo, seguramente no se aceptaría con tanta normalidad tan discrepante elenco de propuestas explicativas y de recetas para solucionar los problemas sociales. No es menos cierto que su permeabilidad a todo tipo de injerencias abona el terreno para una controversia permanente.

Ahora bien, no puede pasar desapercibido un aspecto crucial como es la juventud de la Economía, que en su recorrido histórico aún no ha cubierto un periplo de dos siglos y medio, período que se antoja insignificante en comparación con la trayectoria milenaria de ciencias como la Astronomía. La coexistencia durante siglos de teorías contradictorias no le restó a ésta carácter científico sino que allanó el terreno para su avance y consolidación. La anterior constatación no debe ocultar un hecho igualmente relevante: algunas de las posiciones sostenidas en su momento no necesariamente eran científicas, toda vez que respondían a convicciones de raíz religiosa o ideológica. Éste sería, naturalmente, un primer filtro a aplicar a la amalgama de postulados y predicamentos que proliferan con algún componente económico.

Los retos creados por la referida crisis han exacerbado las críticas hacia la profesión económica y avivado la necesidad de poner orden en la convulsa ágora económica, particularmente proclive a la introducción de dogmas de uno u otro tipo. Es difícil no percibir hoy día un conocimiento económico sumido en un estado de confusión. Salvo quienes disponen de una fe cognitiva inquebrantable, los economistas se encuentran un tanto desorientados, atrapados en un dédalo de enfoques metodológicos y

abrumados ante una realidad económica que cada día escribe páginas con un dramatismo que desafía la capacidad de las políticas y recetas más variadas. Las ciencias físicas vienen enfrentándose desde hace siglos a fenómenos sumamente complejos, pero, en su mayor parte, inalterados. La Economía, más allá de sus debilidades intrínsecas, es incapaz de calibrar con exactitud el comportamiento de los millones de agentes que dan vida a la actividad económica y se enfrenta a un sistema de relaciones que ha registrado en los últimos tiempos movimientos de alcance tectónico.

En modo alguno es fácil que alguien pueda estar satisfecho con el estado de una supuesta ciencia que no fue capaz de prever el desencadenamiento de una crisis global tan profunda como la vivida desde hace más de un lustro, ni con la inviabilidad de diseñar un programa coordinado para superarla. En descargo de la doctrina económica, sólo la historia sirve como campo de experimentación; de ella pueden extraerse valiosas enseñanzas, pero las transformaciones económicas y sociales impiden replicar miméticamente las condiciones del pasado. De otro lado, las medidas económicas afectan desigualmente a los intereses de personas, empresas, gobiernos y países, por lo que no es sencillo hallar consensos.



2. La obra de G. Cooper: un intento de plantear una salida a la crisis del pensamiento económico

Una actitud ante la situación existente puede ser meramente pasiva, permaneciendo simplemente a la espera de que el ciclo económico recupere sus fases de recuperación y auge. Otra, más inconformista, puede ser la de realizar una revisión crítica del pensamiento económico y postular un nuevo enfoque que pueda explicar más adecuadamente el funcionamiento de la actividad económica y servir de base para la adopción de medidas que permitan un avance del bienestar social. Es ésta, sin duda, una tarea hercúlea, pero ciertamente necesaria. Por ello, no podemos sino acoger con entusiasmo los intentos –no iluminados– de arrojar luz en el sombrío panorama actual del saber económico. Es el meritorio caso de la obra de George Cooper aquí reseñada, que ya desde el propio título llama la atención: «Dinero, sangre y revolución».

Dos son los objetivos básicos que se traza el autor, con una larga experiencia en entidades financieras de primera línea: encontrar una mejor forma de pensar sobre la Economía y ayudar a preservar nuestro sistema económico, protegiéndolo de algunas ideas extremas imbuidas dentro de las teorías económicas de la corriente principal. Para Cooper, la crisis financiera global ha activado el tránsito de la profesión económica desde un estado de complacencia pre-crisis a otro de confusión post-crisis. A su vez, las políticas económicas han evolucionado desde la negligencia a la parálisis.

Sostiene que hay una crisis dentro de la economía, pero la fuente de dicha crisis radica dentro de la «ciencia» económica. A pesar de las contradicciones existentes dentro del pensamiento económico actual, considera que no hay razón para calificar la Economía como no científica. Según él, más bien, la Economía es una ciencia que ha entrado en un estado de crisis. Crisis explicable el marco de la historia de las revoluciones científicas, como ilustra Thomas Kuhn en su conocida e influyente obra «La estructura de las revoluciones científicas». En cierta medida puede sorprender esta declaración sobre el carácter científico de la Economía, después de leer el subtítulo de la obra: «Cómo Darwin y el médico del Rey Carlos I podrían convertir la economía en una ciencia».

Cuando una ciencia se convierte en un campo de batalla entre visiones del mundo diferentes e inconmensurables –explica Kuhn–, pasa a un estado

de crisis. Igualmente Cooper subraya el papel de la «prueba empírica» baconiana, considerada la regla fundamental de la ciencia: por encima de todo lo demás, las teorías deben ajustarse a los hechos. Para superar el estado de crisis científica debe darse un cambio de paradigma. Es la única forma de superar las visiones establecidas, aunque éstas hayan quedado desacreditadas por los hechos.

3. Diagnóstico del estado actual de la Economía: manifestaciones de la crisis

Dedicó Cooper una buena parte de su obra, concretamente cuatro capítulos, a sintetizar la gestación de revoluciones científicas en cuatro ámbitos: Astronomía, Anatomía, Biología y Geología. El repaso de las aportaciones de científicos tan relevantes como Copérnico, Harvey, Darwin y Wegener, de la mano de un escritor con una trayectoria profesional como la señalada, además de sorprendente, resulta ilustrativo y aleccionador. Cooper extrae como lección de dichas revoluciones que el progreso científico estuvo durante mucho tiempo lastrado por la adhesión dogmática a un paradigma estático, centrado en el equilibrio.

Siete son los argumentos aportados para justificar que la Economía se encuentra actualmente en un estado de crisis:

- Fractura de la Economía en demasiadas escuelas de pensamiento incompatibles para ser consideradas como una ciencia unitaria.
- Ruptura del debate entre las diferentes escuelas de pensamiento, con la existencia de diferencias fundamentales de opinión sobre el alcance apropiado de la Economía y su metodología.
- Proliferación de modelos matemáticos de creciente complejidad.
- Operación acientífica de importantes escuelas de pensamiento, al no intentar modelizar la economía real, sino más bien defender la reforma de la economía real para adaptarla a sus propios modelos.
- Construcción del cuerpo doctrinal de la escuela neoclásica y de otras corrientes heterodoxas a partir de axiomas refutados por otras disciplinas.

- Inconsistencia de la profesión económica a lo largo del tiempo, con notorios vaivenes en función del entorno económico.
- Falta de respuesta a importantes cuestiones económicas, con una tendencia a ignorar aspectos difíciles que no se ajustan al paradigma.

4. La batalla entre las distintas escuelas de pensamiento económico

Por otro lado, Cooper se centra en las que estima son las escuelas de pensamiento económico más ampliamente reconocidas: clásica, neoclásica, liberal, monetarista, keynesiana, austríaca, marxista, institucional y conductista. En una época en la que por parte de estudiantes y profesores universitarios de Economía se demanda un mayor énfasis en la historia del pensamiento económico, la síntesis realizada por Cooper es sumamente útil y oportuna.

La escuela clásica toma la obra de Adam Smith como polo de referencia: los individuos, actuando en su propio interés, en competencia entre sí, originan un sistema que está en equilibrio. La pretensión de la escuela neoclásica no es otra que descubrir modelos matemáticos que describan la forma cómo funciona la economía, en un vano intento de emular las leyes físicas acerca de los fenómenos naturales. Sus axiomas básicos son tres: individualismo, maximización y equilibrio. Cooper destaca que sin integrar el sector público en su esquema, la escuela neoclásica no puede ser considerada un modelo científico de la economía moderna: «La economía neoclásica es acientífica al ignorar la mitad de sistema económico». Esta observación es difícilmente rebatible en sus propios términos, aunque puede que irrite a quienes, dentro del marco neoclásico, se han dedicado a integrar la actuación del sector público a través de los impuestos y los gastos públicos. Adicionalmente, por la misma regla de tres, qué podría decirse respecto de los enfoques que sostienen que actualmente vivimos en una sociedad absolutamente dominada por el mercado y sin apenas intervención pública.

La escuela austríaca mantiene una visión de la economía con un carácter cíclico, dominado por la evolución del crédito. Propugna vincular la moneda de un país al oro o reformar el sistema monetario a fin de cortar la capacidad del sistema bancario para expandir el crédito. Asimismo, rechaza la idea de que es posible modelizar matemáticamente una economía

a partir de una simple agregación de las decisiones de los individuos.

Por su parte, la escuela liberal se sustenta en la visión extrema de que todas las funciones del sector público pueden cubrirse mejor con iniciativas organizadas o financiadas privadamente.

La escuela monetarista comparte la visión de la escuela austríaca sobre la inestabilidad inherente a la economía y el origen de la misma en el sistema monetario y bancario. Los monetaristas son partidarios de controlar el ciclo económico mediante el control de la cantidad de dinero.

La escuela keynesiana pone de relieve las consecuencias negativas para el conjunto de la sociedad de la denominada «paradoja de la frugalidad»: un comportamiento adecuado individualmente se torna negativo en su conjunto si todo el mundo se atiene a la misma pauta. Postula el recurso al gasto público para cubrir los desfases del gasto privado.

La referencia a Minsky, con connotaciones a caballo entre varios enfoques, se cuela entre las escuelas reseñadas. La «paradoja de la codicia» juega un papel importante en la explicación de las crisis: en períodos de estabilidad económica, la gente adquiere confianza y tiende a endeudarse; de esta manera, la estabilidad crea inestabilidad.

Para los marxistas, el capitalismo es un sistema inherentemente inestable. El concepto de beneficio como diferencia entre el precio de venta de los bienes y los costes de producción desempeña un papel central en la explicación de la crisis del sistema capitalista. La pugna por conseguir dicha plusvalía lleva a una carrera por la competencia, impulsando la productividad, la innovación y la mecanización; este proceso origina una pérdida de empleo y una disminución de las retribuciones salariales agregadas respecto a las del capital. Según Cooper, Marx erró al creer que la competencia y el aumento de la productividad causarían pobreza y desempleo, pero acertó al señalar la tendencia intrínseca del capitalismo hacia el poder de monopolio y la polarización de la riqueza.

Un elemento esencial para la formulación de Cooper y su crítica del paradigma neoclásico se localiza en la escuela conductista. Según la evidencia que se desprende de experimentos sociales, los

individuos no siempre actúan siguiendo las pautas incorporadas en la hipótesis de que son maximizadores racionales de su bienestar.

Por último, también es significativa la aportación de la escuela institucional para la argumentación de Cooper. La mayor parte de la historia de la humanidad se ha caracterizado por la existencia de gobiernos de reducida dimensión económica, escasa regulación y bajos niveles de imposición. Si estos atributos son defendidos por algunas escuelas de pensamiento como inductores del crecimiento económico, ¿por qué –se pregunta Cooper– no ha estado el mundo plagado históricamente de una situación de dinamismo económico permanente?

No hay que esforzarse demasiado para encontrar bastantes puntos débiles en esa argumentación. Basta hacer una simple reflexión acerca del poder efectivo de los gobernantes, de la libertad personal existente, de la magnitud de los ingresos para pagar tributos, de la falta de medios de transporte, de la ausencia de organizaciones empresariales...

Sin perjuicio de dicha reflexión, difícilmente puede discreparse de la afirmación de que la forma en la que se organiza la sociedad tiene una enorme influencia sobre cómo opera la economía. Como recomienda la escuela institucional, es necesario comprender las estructuras, las instituciones, las leyes y las normas que rigen la economía y la sociedad en general.

A modo de síntesis, es útil visualizar lo que Cooper denomina el «plano económico», consistente en una representación de las diferentes escuelas en un espacio delimitado por dos ejes: en el horizontal, en el que se mide el grado de creencia en la estabilidad de los mercados; en el vertical, en el que se refleja el porcentaje de participación del sector público en la economía considerado óptimo.

5. Elementos básicos para un cambio de paradigma económico

Ante una creciente complejidad de los modelos económicos, Cooper aboga por teorías más simples, por la utilización de menos variables en los modelos y, sobre todo, por un cambio de perspectiva al estilo copernicano. Hay, en su opinión, un déficit de eficiencia conceptual: contar una historia simple sobre cómo funciona el mundo.

Apoyándose en Kuhn, sugiere una explicación a la paradoja de la preservación de la ortodoxia neoclásica a pesar de innumerables refutaciones en experimentos sociales: con independencia de lo desacreditada que llegue a estar una teoría, nunca será rechazada hasta que se logre una teoría mejor.

Se adentra luego en las aportaciones de Darwin para buscar indicios que puedan ser válidos para la explicación del comportamiento económico de las personas. Concluye que hay fundamento para ver a los seres humanos como competidores darwinianos en vez de como optimizadores neoclásicos. Los modelos de esta escuela parten de la hipótesis de que los individuos toman sus decisiones tratando de maximizar su bienestar o utilidad. Cooper discrepa de la plausibilidad de tal supuesto y, en su lugar, considera que las personas actúan como competidoras, es decir, tratando de que su posición sea mejor que la de otras.

Para justificar su planteamiento nos propone un famoso experimento conductista conocido como el juego del ultimátum. En éste, se comunica a dos jugadores que se les asignará una suma de dinero a compartir entre ambos, siempre que se pongan de acuerdo en la distribución. Si no lo hacen, ninguno recibirá cantidad alguna. Se permite que uno de los jugadores (A) haga una única propuesta de reparto al otro (B), que debe aceptarla o rechazarla. Supongamos que la cantidad total es de 10.000 euros. Imaginemos, por ejemplo, que A propone 8.000 euros para él y 2.000 euros para B. ¿Cómo cabe esperar que actúe éste? ¿Aceptará o rechazará la oferta? Si B fuese un maximizador de su utilidad, parecería claro que la aceptaría, ya que se aseguraría percibir 2.000 euros, frente a la alternativa, si la rechaza, de percibir nada. Sin embargo, los resultados de los experimentos realizados reflejan que el jugador B tiende a rechazar ese tipo de ofertas, dado que, aunque le permiten obtener un dinero adicional, lo dejan en una peor posición que el jugador A.

Llegamos así a las preguntas clave que nos plantea Cooper: ¿Qué cambió en nuestro sistema económico hace unos cientos de años para elevarnos abruptamente desde milenios de estancamiento a un estado de una mejora más o menos continua en nuestros estándares de vida? ¿Qué diferencia a las economías más exitosas de hoy de las menos exitosas?

A través de un análisis bastante simplista de la historia de la humanidad, Cooper efectúa una

distinción entre dos períodos: i) período feudal, caracterizado por un sistema jerárquico o lineal de control del gobierno; ii) período democrático, identificado por un sistema de control circulatorio.

Uno de los ingredientes esenciales del enfoque propuesto consiste en ver cómo la renta total se distribuye entre los integrantes de la sociedad. La cuestión clave para dilucidar el progreso o el estancamiento económico radica en cómo circula el dinero en el interior de la pirámide social. Cooper se inspira en Harvey, quien logró explicar el funcionamiento del aparato circulatorio humano, en su intento de desentrañar los secretos del circuito económico. En una sociedad feudal, el dinero, ya sea por la vía de las ganancias del comercio y del capital o de la tributación, se desplaza hacia la parte superior de la pirámide, hacia las élites, sin ningún tipo de retorno. Por el contrario, en una sociedad democrática, esencialmente gracias a la imposición progresiva, se generan flujos de dinero que llegan a la parte inferior de la pirámide. Al mismo tiempo, ante una mayor movilidad, los propietarios tratan de competir para no perder sus posiciones. Éstas son, según Cooper, las claves del éxito histórico del capitalismo democrático. Los sectores público y privado son contrapuestos, pero generan entre sí un antagonismo creativo, imprescindible para desencadenar el crecimiento económico.

Según las enseñanzas darwinianas, la toma de decisiones humanas es fundamentalmente un proceso competitivo. Así, las elecciones de los individuos resultan dependientes de las de sus semejantes. Si se admite este punto de vista, es evidente que el comportamiento agregado de una economía no puede representarse fiablemente como la suma de comportamientos individuales. Tampoco puede esperarse que se alcance un equilibrio, en la medida en que cada uno tratará permanente de mejorar su posición.

El estudio de las revoluciones científicas es el camino elegido para elaborar la propuesta de cambio del paradigma económico; la mitología griega, la referencia utilizada para ilustrar las salidas a los problemas actuales. A semejanza de los trabajos de Hércules, la primera tarea encomendada es eliminar las actuaciones públicas favorecedoras del incremento del endeudamiento del sector privado; la segunda, inyectar dinero en la parte inferior de la pirámide a través de estímulos fiscales; la tercera, reequilibrar la carga de la imposición, disminuyendo la que recae sobre el trabajo.

Hoy por hoy, no sabemos si la propuesta «cooperiana» tendrá éxito o no en allanar el camino hacia un giro copernicano en el ámbito de la Economía. Ha de reconocerse que parte con alguna desventaja para ser validada por la academia: en el libro no aparece ninguna fórmula matemática (y apenas hay información estadística). Es cierto que en algunos pasajes hay una elevada dosis de simplificación de la realidad, pero no lo es menos que aporta savia nueva para tratar, si no de revolucionar, sí al menos de reactivar la circulación del pensamiento económico.

